

PARIS
EN AMÉRICA



V. ACHA - EDITOR - Córcega 240
BARCELONA

EDICIÓN DE LUJO 1 tomo rústica. . . 2 ptas.
1 id en tela . . 3 ptas.

PUBLICACIONES DE LA CASA ACHA

EL CUENTO y LA HISTORIA



V. ACHA
ADMINISTRADOR

CENTS 10

Córcega, 238-BARCELONA

N.º 5

1907-1910

Martes 17 de Noviembre 1908

EL CUENTO Y LA HISTORIA

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR



Administración: Córcega, 238
BARCELONA

AÑO I

N.º 5

INDICE

Dolores, Episodio histórico. - Los anades de Dios. (Cuento infantil). - Aroma, la pecadora. - Memorias de un naufrago. (Aventuras maravillosas de Arguin el marino.) IV Continuación. - **Ultimos días de Numancia (Continuación)** - Cultura popular.

SUPLEMENTO

Un Corpus de sangre ó los Fueros de Cataluña.

DOLORES

EPISODIO HISTÓRICO

I
En un rincón del occidente de Navarra, muy cerca de la ciudad de Estella, la Meca del carlismo durante nuestras pasadas con-

cién al boquete de Amezcua, en un repliegue del camino, entre un bosque de nogales y castaños, se asentaba en 1873 una humilde casita, tan humilde, que casi desaparecía entre el espeso follaje que la rodeaba.

Dichosos y tranquilos vivían sus moradores.

Pero ¡ah! que en Navarra ha resonado el grito de guerra fratricida, y el eco de ese grito, repetido de montaña en montaña, de valle en valle, se ha dejado sentir, lúgubre y ensordecedor, en la tranquila casita del valle de Allín.

Dos aldeanos, joven y robusto el uno, niño y débil el otro, han partido á incorporarse bajo la bandera carlista, al grito de Dios y fueros.

Desde ese día, la paz y la dicha huyeron de la casita en que vivían en compañía de sus padres y una hermana, de quienes eran el amparo y el sostén.

tiendas civiles, existe el pequeño valle de Allín, cruzado en toda su extensión por el río Urederra ⁽¹⁾ y protegido de los vientos por las altas montañas que constituyen la cordillera de Lóquiz por un lado y las célebres Peñas de San Fausto por otro. En una de las estribaciones de la montaña, sobre una pequeña planicie que forma el terreno y casi cubierto por exuberante vegetación, hállase situado el pueblecito de Amillano. Separada de éste unos doscientos metros, muy cerca del río, en direc-

(1) En castellano, esta palabra significa agua hermosa.



Cuando los sangrientos y empeñados combates que á diario libraban con los soldados de la República, dejaban á ambos hermanos el tiempo indispensable para visitar el hogar doméstico, los débiles ancianos y su joven hermana recibíanles con los brazos abiertos, de los que difícilmente se desprendían para volver á cumplir con el deber que se habían impuesto.

—Quédate aquí, hijo mío,—decía la anciana madre al más joven, siempre que volvía á verle;—tú estás enfermo y no es posible que nadie pueda obligarte á marchar.

—No puede ser, madre. Mientras respire, no espere usted de mí que deje de cumplir mi obligación.

Y á los ruegos de la madre se unían el llanto de la hermana y tal cual lágrima que se desprendía á despecho suyo por el curtido rostro del anciano.

Todo inútil. Luis, que este era el nombre del niño, se alejaba con el fusil al hombro, convencido de que caminaba al cumplimiento de un deber sagrado.

Dos meses habían transcurrido. Ni la más pequeña noticia habíase recibido del paradero de los dos jóvenes.

Todas las mañanas, al despuntar el alba, subía una anciana, apoyada en el brazo de una joven, las cumbres que conducen al puerto de Eraul. Y todas las tardes, cuando ya el sol habíase ocultado tras las cimas del Lóquiz, bajaban tristes, pensativas, con la cabeza inclinada al suelo, la anciana y la joven, murmurando una oración.

Y mientras tanto, un anciano, apoyado en el quicio de la puerta de

aquella casa, tan alegre en otro tiempo, dejaba apagar la pipa, que llevaba maquinalmente á sus labios temblorosos; su mirada vagaba incesante por todos lados, y una exclamación, siempre la misma, rompía el silencio de aquellas mortales horas de ansiedad y sufrimiento.

¡Ah! ¡Maldita sea la guerra y maldita mil veces la guerra civil!

Una tarde, á la hora en que las últimas luces del crepúsculo se confunden con las primeras sombras de la noche, bajaban madre é hija por el sendero que del monte conducía á la casita, tristes, llorosas, pudiendo apenas balbucear la oración de costumbre, cuando de pronto detuviéronse las dos á un mismo tiempo, porque creyeron oír el ruido de pisadas de alguien que tras ellas iba.

—¿Quién vá?—preguntó la joven, más animosa que la anciana.

Nadie contestó; el ruido de los pasos habíase extinguido repentinamente.

Clavó Dolores, así se llamaba la niña, los ojos en la obscuridad, y creyó distinguir un bulto que luego apareció á su vista más distinto, en forma de un soldado armado.

Una idea horrible, espantosa, cruzó por su imaginación. Figuróse que el soldado que tenía delante era su hermano José Mari, que volvía solo, porque había dejado á Luis tendido en el campo de batalla.

—¡José Mari!—exclamó la joven fuera de sí, dirigiéndose hacia el sitio en que se hallaba la sombra.

—¿Quién llama?—contestó la sombra, corriendo al encuentro de Dolores.

—¡Ah! No es él, no es él, ¡madre! la columna, los soldados...

—Sí, soy José Mari; ese es mi nombre—respondió el soldado, acercándose hasta llegar á reunirse con las dos mujeres.

—No, no es él—repitieron maquinalmente.

Mas cuando se hubo acercado aquél, hasta dejarse ver por completo, madre é hija exhalaban un grito, abrazándose como si trataran de ampararse mutuamente.

—No se asusten ustedes: vengo solo y... me llamo también José Mari.

Las mujeres miráronle fijamente, y su primer impulso fué echar á correr. Pero el soldado las detuvo, diciéndoles en tono dulce y angustioso:

—Tengan ustedes compasión de mí; soy un desgraciado. Errante todo el día á la ventura, sin saber á



Figuróse que el soldado que tenía delante era su hermano José Mari

dónde dirigirme, esta es la hora en que no he probado un pedazo de pan.

La joven metió la mano en un cestillo que llevaba al brazo, sacó los restos de la frugal comida que acostumbraban hacer en el monte, y se los ofreció al soldado sin pronunciar una palabra.

—Dios se lo pague á usted, joven,—dijo el militar, que se puso á devorar aquellas migajas.

La anciana murmuró entre dientes:

—Usted es *guiri*.⁽¹⁾

—Yo no soy nada; sólo en el mundo, sacáronme de mi pueblo á la fuerza y á la fuerza también me he visto obligado á batirme. Esta mañana, al salir mi regimiento de Murieta, me he sentido enfermo, y

(1) *Guiri* era el nombre con que se conocía entonces á los soldados de la República.

cuando he querido incorporarme á él, no me ha sido posible. Desde entonces he corrido sin saber lo que será de mí, y si Vds. no me amparan...

¡Y el soldado lloraba! ¡No había de llorar, si era un niño!

—Madre, que venga á casa!—dijo Dolores.

—Pero, y tu padre!

—¡Ah, mi padre! Mi padre es demasiado bueno.

—Vaya, pues... si quiere Vd, venir con nosotras...

—Con mucho gusto; yo no me separo de ustedes.

Medía hora después cenaban dos hombres y dos mujeres alrededor de una mesa tosca y pequeña, colocada en el hogar, bajo la anchurosa campana de descomunal chimenea, propia de las cocinas en los pueblos de la montaña de Navarra.

Al día siguiente, el corto vecindario del pueblecito de Amillano sabía ó creía saber que el joven que se hospedaba en casa de Juan Ramón, era hijo de un pariente suyo, residente en la Ribera, que había llegado huyendo de la quinta.

Quince días después, ya nadie se ocupaba de José Mari; era un vecino más, con la diferencia de que había encontrado un hueco en el corazón de Dolores.

II

No pasó desapercibido á los ojos de la anciana el cariño que se profesaban los dos jóvenes; pero como José Mari parecía un buen chico, y como la madre tenía, por decirlo así, reconcentrado todo su pensamiento

en sus dos hijos ausentes, no oponía obstáculo á aquel amor naciente.

Diez meses iban transcurridos sin tener noticia de los dos soldados que habían vuelto al campo carlista.

Era la noche del 24 de Diciembre de 1874. En el pueblo y en los caseríos inmediatos solemnizase la Nochebuena; todo es ruido y algazara; el tamboril y la pandereta mezclan sus alegres sonos con los cánticos y las carcajadas; solo en la casita de Juan Ramón reina un profundo y sepulcral silencio.

Las cuatro personas que la habitan acaban de sentarse alrededor de una pequeña mesa, sin pronunciar una sola palabra. Dolores ha puesto sobre ella una cazuela de leche, que ha endulzado previamente en obsequio á la festividad de aquella noche.

El anciano se ha quitado la boina, y á esta señal se han persignado todos los concurrentes; iba á dar principio al rezo cuando un fuerte y prolongado ladrido cortóle la palabra en los labios; la anciana, conmovida, púsose en pie.

—Leon, ladra,—dijo con voz temblorosa.

—¿Y bien?—replicó Dolores.—¿Qué importa que León ladre? No parece sino que es una cosa nueva.

—Es que hace mucho tiempo que no ha ladrado como ahora;—y al decir esto, saltábansele las lágrimas á la infeliz anciana.

León seguía ladrando con más fuerza.

—Tiene razón tu madre,—añadió el anciano, poniéndose también en pie maquinalmente.

En este instante dieron dos fuer-

tes golpes en la puerta. La anciana quiso echar á andar, pero no pudo. Faltáronle las fuerzas y cayó de rodillas con las manos cruzadas y apoyados los codos sobre la mesa.

—¡Dios mío!—exclamó.—Yo no puedo engañarme... Tú no querrás engañarme... ¡Dios mío!

El anciano tampoco tuvo valor bastante para correr á la puerta, pero detuvo á José Mari que corría á abrirla, y señaló á Dolores, diciendo únicamente:

—No: tú.

Volvieron á oírse golpes repetidos, y dos voces, casi á la par, gritaron desde fuera:

—¡Padre! ¡Madre!

En aquel momento se abría la puerta de la casa, y caían Luis y José Mari en brazos de su hermana Dolores, de los que pasaron á los de sus ancianos padres.

Después... después no es posible referir la escena que tuvo lugar en la casita del valle de Allín.

No fué expansión, fué una verdadera locura, un mar de preguntas y respuestas, confundiéndose unas con otras, hasta el punto de que nadie se entendía.

Antes de que el orden se restableciese, observando Dolores que José Mari, el hijo adoptivo, se había retirado á un rincón de la cocina, como si tratara de no descomponer aquel hermoso cuadro, le tomó de la mano y le llevó á presencia de sus hermanos, diciéndoles:

—Aquí tenéis otro hermano, que ha llorado vuestra ausencia sin conoceros, casi tanto como nosotros mismos.

El anciano explicó entonces á sus hijos como había llegado el segundo

José Mari á aquella casa, y no tuvo necesidad de excitarles para que admitiesen al joven como á un hermano.

Un apretón de manos selló entre los jóvenes el pacto de sincera y eterna confraternidad.

Aquietados los espíritus y rebotando alegría todos los corazones, el hermano mayor refirió la causa de ausencia tan prolongada, haciendo la narración de los combates librados y de las mil penalidades sufridas.

Las horas de aquella Nochebuena fueron breves para los habitantes todos de la casita, y los días que siguieron hasta los primeros del año 1875, corrieron también más veloces de lo que á sus deseos convenía.

La noche del 6 de Enero, festividad de los Reyes, observó la anciana, llena de zozobra, que sus hijos hacían los preparativos para una próxima marcha.

—¡Qué! ¿Se marcha José Mari?—preguntó la anciana al más joven de los hermanos.

—Y yo, madre;—contestó Luis con naturalidad.

—¡Cómo! ¡Tú! No es posible. En el estado en que estás, es lo mismo que si me dijeras que vas á buscar la muerte.

—No, madre, voy... á cumplir con mi deber y nada más.

La pobre mujer ahogó una frase de dolor y un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos.

En el rincón más oscuro de la cocina, que era donde pasaba esta escena, se hallaba José Mari, el hijo adoptivo, mudo, cabizbajo, pensando en su interior que tenía también que cumplir un deber.

De pronto salió furtivamente de la estancia y fuése derecho á buscar á Dolores.

—Es preciso que nos separemos, Dolores.

—¡Separarnos! ¿Y por qué? ¡Habla! ¡espílicate, por Dios!

—Mañana marchan tus hermanos á campaña. Tu madre cree, y cree bien, que Luis no podrá resistirla en el estado en que se halla, y yo...

—¡No lo entiendo! —le interrumpió la joven, tal vez faltando á la verdad.

—Yo voy á marchar en su lugar. Dolores no replicó. Hubo en ella un momento de duda, de lucha. Por fin se sacudió como si se quitara un peso de encima, tomó á José Mari por la mano, se la estrechó fuertemente, y le condujo á la cocina, señalándole á su madre, que se hallaba anegada en llanto.

—No llore Vd., madre, —dijo José Mari, — no llore Vd.; Luis no marchará.

Levantó la anciana la cabeza, y miró á José Mari, con la vista extraviada.

—Créame usted, madre, Luis se quedará aquí con ustedes.

—He dicho que voy, — exclamó Luis al oír la promesa de José Mari, —y no hay nadie que me haga desistir.

—Tu deber es recobrar las fuerzas que has perdido, y nuevos bríos para entrar en campaña en las condiciones de un buen soldado.

Luis quedó parado un momento al oír la réplica de José Mari, y contestó en tono de despecho.

—Haciendo lo que se puede, no está obligado uno á más. Mucho peor es hacer... lo que hacen otros

que yo conozco. Pues ¡están buenos los tiempos para andar escatimando soldados!

—Precisamente por eso, porque no quiero escatimarlos, y porque quiero servir, no á la Causa, sino á los defensores de ella que han defendido mi vida, —dijo José Mari, señalando á los dos ancianos— quiero hacer yo más que tú. Yo voy á dar á tu partido un soldado sano y robusto por un inválido. Voy á marchar en tu lugar.

Calló José Mari, y por más que Luis quiso sostener con falsas razones el terreno perdido, los ruegos de toda la familia acabaron por hacerle desistir de su propósito.

Quedó, pues, resuelta definitivamente la marcha de los dos José Mari para el siguiente día por la mañana.

Convinieron éstos en marcharse antes de que despuntase el alba, con el fin de evitar la despedida.

Proyecto frustrado, porque Dolores les salió al encuentro en el momento de partir.

Inmediatamente después vino la madre, y tras ésta el resto de la familia...

La anciana llamó aparte á su hijo adoptivo, y le dijo:

—A la vuelta te espera Dolores para llamarse tu esposa, y te espero yo para llamarte mi hijo.

—¡Oh! sería preciso que me mataran para que no volviera digno de esos títulos.

III

A las tres de la tarde del día 3 de Febrero de aquel mismo año de 1875, las fuerzas carlistas, en consi-

derable número, bajo la dirección del general Carasa y á presencia de su rey y caudillo Don Carlos, atacaron por sorpresa los pueblos de Lacar y Lorca, que guarnecían los regimientos de Asturias y Valencia, mandados por el general Bargés.

El ataque fué rápido, la lucha corta y sangrienta; sorprendido el enemigo, apenas tuvo tiempo de preparar la defensa con la calma y rapidez necesarias. Hora y media más tarde todo había terminado y los restos de la brigada ganaban apresuradamente las alturas de Monte Esquinza, al abrigo de la persecución de los carlistas.

Al día siguiente, en una cama de una extensa sala del hospital de Irache, yacía José Mari, el hijo adoptivo, grave, mortalmente herido en el pecho.

El médico que acababa de reconocerle, comprendiendo que el herido tenía más necesidad de los remedios espirituales que de los corporales, ordenó que fuera á reemplazarle un sacerdote.

Cumplidos por el moribundo los deberes de cristiano, díjole á su confesor:

—Padre, quisiera pedir á usted un favor.

—Lo que usted quiera, hijo mío.

—Tengo un hermano en mi batallón y desearía verle.

—¿Su nombre?

—Ansorena... José Mari.

Una hora después estaba ya el otro José Mari á la cabecera de su desgraciado hermano.

El herido, al verle, le alargó su mano, que el recién llegado se la humedeció con lágrimas.

—Dolores... quiero verla, — dijo por fin con voz ahogada el que parecía próximo á espirar.

—¡Oh! Sí, voy á buscarla ahora mismo — contestó el hermano de aquélla.

Media hora había transcurrido, cuando creyó el herido distinguir ruido de pasos que se acercaba hacia él.

Eran Dolores y sus dos hermanos.

El herido abrió los ojos pesadamente, alargó una mano á Dolores, su fisonomía adquirió una expresión de gozo indefinible, quiso articular una palabra, no pudo... y dando un grito, exhaló el último suspiro.

Dolores quedó un momento en suspenso: costábale mucho trabajo creer lo que veía.

Luego, sin atender á los ruegos de sus hermanos para separarla de aquel lugar, se arrodilló, enjugó las lágrimas que había dejado caer sobre el rostro del hombre á quien tanto había amado, y, serena, tranquila en apariencia, con los ojos elevados al cielo, oró por su eterno descanso, y tal vez hizo un voto cuyo cumplimiento no quiso demostrar un solo instante.

Sus hermanos la miraban sin atreverse á dirigirle la palabra, pero pasado algún tiempo insinuáronla que había llegado la hora de volver á casa,

—¿A mi casa? — contestó la joven, —pues ¿dónde estoy?

Miráronse los hermanos de un modo que revelaba el temor de que Dolores hubiese perdido el juicio, pero la niña sacóles de su zozobra, añadiendo:

—Mi casa, desde hoy, será allí

donde haya penas y dolores que aliviar. He hecho voto ante Dios... —y señaló la cama donde yacía el cadáver de José Mari — de dedicarme al cuidado de los desgraciados.

En vano trataron los hermanos de disuadirla, pues Dolores terminó su conversación diciendo á Luis:

—Hace poco tiempo que sólo se encontró un medio para que desistieras de volver á batirte mientras estuvieras enfermo. Ese...—y volvió á señalar la cama donde aún se hallaba José Mari—marchó á morir por ti. ¡Encuentra tú quien me reemplace á mí!

Y dicho esto, se fué á la cabecera de un soldado moribundo, y oró con toda la efusión de su alma por el eterno descanso del que en breve debía comparecer ante Dios.

Cinco meses más tarde, el 7 de Julio, sobre el campo de batalla de Treviño, una sección de la Cruz Roja encontró sentada en uno de los repliegues del terreno y á la sombra de un pequeño arbusto, una mujer joven y hermosa, que vestía el hábito de esos ángeles de la Caridad y en cuyo regazo se apoyaba la cabeza, ya inerte, de un voluntario carlista.

Fué necesario que se acercaran á ella para conocer que aquella mujer había concluido su misión en la tierra.

Una bala había atravesado su corazón, más hermoso que su rostro.

Era Dolores, y el voluntario carlista muerto en su regazo, su hermano Luis.

M. HERNÁNDEZ

LAS ÁNADES DE DIOS

Cuento infantil

El señor de mi aldea, un coronel retirado, tenía un hijo. Era un niño tan malo, tan perezoso y tan voluntarioso que era imposible tenerle en casa. Por eso lo habían confiado al pastor para tratar de suavizar su carácter.

—No quiero hacer nada,—decía el niño,—he nacido noble y un noble no hace nada. Ahí está mi padre.

El pastor le explicaba que su padre había sido coronel de hulanos; que antes de ser coronel, cuando uno no ha nacido príncipe, hay que ser comandante, capitán, teniente y cadete y que para llegar á ser ca-

dete hay que saber leer en un libro, escribir su nombre, manejar las armas y otra porción de buenas cosas.

—Pues bien,—dijo el niño,—quiere ser emperador; el emperador no hace nada.

Y el pastor tuvo que explicarle que el emperador está más ocupado que un labriego y que sólo para negar las peticiones de los que solicitan un destino sin tener derecho para él, necesitaría que los días tuvieran cuarenta y ocho horas.

—Sea,—dijo el niño,—entonces quiero ser Dios; Dios no hace nada.

El pastor levantó las manos al cielo.

—Piensa, hijo mío,—le dijo,—que Dios gobierna al mundo entero. La misma mano que guía al Sol, dirige á la hormiga en su sendero. Su vista abraza á la vez todo el universo y hasta el menor pensamiento que brota en el corazón del hombre; oye la armonía de los cielos y el ruido de la hierba que retoña. Dios no descansa jamás porque ama siempre.

Pero el niño estaba encaprichado, decididamente quería ser Dios, tanto que aquella noche no quiso acostarse á menos que no le hicieran Señor del mundo. Amenazas y ruegos, todo fué inútil, hasta que cansada la mujer del pastor, llevando á un rincón al niño, le prometió que al día siguiente, de madrugada, sería Dios. Con esta seguridad se dejó acostar.

La noche, que es buena consejera, no cambió en nada las ideas del pequeño noble; su primera pregunta al levantarse fué si era Dios.

—Sí;—le dijo la mujer del pastor —pero hoy es domingo y ya es la hora de los oficios, y Dios no puede dejar de asistir á ellos.

Pusiéronse en camino para el templo y atravesaron una pradera que pertenecía al señor; allí era donde la criada encargada del corral cuidaba las ánales del castillo. En cuanto la muchacha vió á las gentes de la aldea que se dirigían á los oficios corrió á su encuentro.

—Bárbara, gritó el niño, ¿qué es eso, vas á dejar las ánales solas?

—¿Pues qué se guardan las ánales el domingo? replicó Bárbara. Hoy es día de fiesta.

—¿Quién las cuidará entonces?—preguntó el niño.

—El domingo las cuida Dios, mi buen señor; estas son las ánales de Dios. Y escapó.

—Hijo mío, le dijo la mujer del pastor; ya has oído lo que ha dicho Bárbara; de buena gana yo te llevaría á la Iglesia para que oyeras el canto de los órganos; pero podría suceder alguna desgracia á estas ánales y puesto que tú eres Dios, tú eres el que las debes guardar.

¿Qué podía responder mi pequeño noble?

Hizo un gesto y estuvo corriendo detrás de las ánales todo el día; pero por la noche juró que no volvería á hacer más el papel de Dios.

AROMA, LA PECADORA

¿Quién no guarda un recuerdo de la estrella que perdió su luz y flota eclipsada en el oscuro océano de lo infinito?

Aroma, la hermosa flor del valle; la estrella desprendida del manto de la noche y olvidada entre las rocas, ha conocido el dolor. Empieza su camino donde acaba el del amor

humano, cuyos bordes están tapizados de abrojos y espinas. ¡Pobre ángel sin alas! ¡Ay de la mujer culpable de amor!

En un recodo del áspero camino,

á la sombra de un cedro secular, en cuyas ramas anidan las águilas, y en cuyo tronco se han escondido los rayos de cien tormentas, sin conseguir derribarle, se eleva sobre un amarillento pilar la celestial imagen de María.

Adornan el pilar y la imagen ofrendas de flores entreabiertas que han colocado allí la fe sencilla de los pastores y la fe salvaje de algún bandolero, porque María es una creación tan bella, que no hay corazón que no impresione. La poesía cristiana lleva en esta parte gran ventaja á la poesía de todas las demás religiones. Los genios, las sílfides, las Filis, son quizá más bellos que los ángeles; la lira del poeta filósofo creó antes de Jesucristo la imagen del justo; el destino es tan grande y tan bello como el Dios vengador de los Hebreos; pero ¿qué religión tiene una figura como la de María, la virgen y la madre, la unión simbólica de todas las bellezas de la mujer, sin ninguno de sus defectos? ¿Qué religión tiene una Magdalena, el símbolo de la purificación por medio del amor, la mujer que, habiéndose dejado arrastrar por sus pasiones, llega á ser indigna del aprecio de los hombres y que á fuerza de amor consigue hacerse digna del amor de Dios? Por esto la religión cristiana será siempre en el fondo la religión de los poetas de corazón, la religión de todos aquellos cuya fe es un sentimiento de amor inefable y una aspiración al ideal de la belleza abstracta.

Aroma, la hermosa flor del valle,

la pecadora de amor, se arrodilla á los pies de la imagen de María como una hija á los pies de su madre, y más bien con el corazón que con los labios invoca su ayuda como el marinero en la nave desarbolada juguete de las olas y los huracanes. Su oración debió elevarse en los aires, como el perfume de un pebetero y llegar á los pies del Altísimo, bañada en sudor de sangre como la de Jesús en el huerto de las Olivas, porque fué escuchada y el ángel de la muerte descendió invisible entre las auras y selló en la frente de la apenada doncella un ósculo de paz. El cuerpo cayó rendido y exánime como cae el capullo de donde ha salido la mariposa de brillantes colores, y el alma del ángel volvió á desplegar sus alas de luz y se remontó á los cielos, donde tomó asiento entre los ángeles sus hermanos. Vano sería buscar entonces en su frente el sello del ángel de las tinieblas, porque estaba borrado por el llanto del arrepentimiento y en su lugar lucía la corona del martirio.

En el lugar donde su cuerpo reposa, las gentes de la aldea han colocado una piedra blanca que la primavera rodea de flores y á quien da sombra el doliente ramaje de un melancólico sauce.

Sobre esta piedra ha sido grabada esta inscripción: *El amor derriba á los ángeles de su trono, pero el amor también les da alas para subir de nuevo á él.*

Dios ama al ángel inmaculado, pero ama aún más al ángel purificado por el amor.

Memorias de un náufrago

Aventuras maravillosas de Arguín el mapino

(Continuación)

IV

Cargamos la chalupa de comestibles, instrumentos, libros y mapas. Cada hombre se hizo un saco de tela en el que colocó la ropa, treinta y dos kilos de galletas, una gran piel samoyeda y en la mano una pica para agujerear el hielo y abrirse paso en los barrancos.

El día 9, después de un buen almuerzo, cada hombre se puso sus ropas de abrigo y á las seis y media todo estaba preparado para la marcha.

El capitán dejó sobre la cámara, como documento, una pequeña descripción de nuestra posición, la época y hora en que abandonamos la goleta, el objeto que nos proponíamos y el número de tripulantes, con los nombres propios de cada uno.

Abandonamos, pues, la goleta: yo iba el primero abriendo la marcha. Seguían después diez y seis hombres que arrastraban la chalupa: después la oficialidad custodiando un pequeño trineo cargado de leña y provisiones, seguido de otro al que habíamos enganchado los dos perros.

Constantemente habíamos tenido que atravesar barrancos ó trepar cuestras escarpadas: muchos hombres se habían caído al agua, los trineos se rompían. A las diez de la mañana, la chalupa estaba casi he-

cha pedazos: resolvimos abandonar trineos y chalupa.

Para defendernos de los osos blancos, teníamos cuatro carabinas, una escopeta de dos cañones, tres revólvers, dos pistolas, pólvora y perdigones.

Emprendimos de nuevo la marcha por las montañas de hielo. La tripulación, poco acostumbrada á andar, sufrió mucho; algunos tuvieron vómitos y perdimos aquel día dos hombres que se ahogaron en una balsa de agua dulce: nuestra salvación consistía en ganar tierra cuanto antes, de lo contrario estábamos perdidos.

Por la noche acampamos al pie de una gran montaña de hielo. Dormimos perfectamente envueltos en nuestros capotes, pero al calor, el hielo se derretía y al despertar nos encontrábamos en un charco de agua.

Al amanecer observamos delante de nosotros una gran extensión de hielo hecho pedazos, que parecía transitable. Al mismo tiempo se distinguía muy bien la arena roja de la costa.

¿Qué hacer? Yo me lancé adelante rompiendo aquí y saltando allá con ayuda de la pica; la tripulación me siguió y al cabo de una hora habíamos alcanzado de nuevo el hielo firme. No pudimos alcanzar la costa; á cada paso encontrábamos agua y

algunos aguaderos de 50 brazas de ancho; para atravesarlos, nos embarcamos en un gran témpano todos juntos.

A las cuatro de la tarde, nos hallábamos flotando sobre un ancho claro, cuando de repente aparecen en la superficie del agua á algunos pasos de nuestra isla flotante, seis lobos marinos que se dirigieron resueltamente hacia nosotros. El contramaestre dió con la pica al que tenía más cerca, pero sin resultado.

Los otros, hincando sus colmillos en el hielo, empezaban á escalar nuestro islote, que se hallaba demasiado cargado: uno de aquellos mónstruos logró escalar nuestro témpano y acometer á un tripulante que en vano trató de defenderse; la fiera lo destrozó horriblemente, pero pagó cara su osadía: el capitán le disparó su carabina, obligándole á soltar su presa y cayendo muerto ó á sus pies.

Al ruido de los disparos se zambullían en el agua, pero después volvían á atacarnos de nuevo. Para entretener á nuestros asaltantes y mientras nos preparábamos á la defensa, lanzamos al agua el cuerpo mutilado de nuestro compañero muerto, el cual fué en pocos minutos engullido por algunos mónstruos que iban apareciendo, y cuyos nombres desconocíamos por no haberlos visto jamás.

El día 13, á las siete de la mañana, nuestro témpano se rompió en dos, con un ruido semejante á un cañonazo; el mar barría la superficie sobre la que habíamos quedado el doctor y yo.

Este desgraciado compañero, cuya salud decaía siempre, me tras-

mitió sus últimas voluntades y me encargó un adiós para sus padres y su esposa. ¡Yo también me acordaba de mi pobre Enriqueta!

La tripulación estaba acobardada: yo les hice un relato del naufragio de la *Medusa*, y de las peripecias de la isla de Bahama, con el objeto de infundirles valor, pero todo fué en vano.

Nevaba copiosamente. Por fortuna nuestra, los pedazos de témpano, navegaban hácia la costa: nuestros corazones abrigaron alguna esperanza, pero pronto fué perdida y la desesperación se apoderó de nosotros.

Carecíamos de galleta y el cansancio era general: de tal suerte había decaído el ánimo, que con la misma indiferencia veíamos el hielo y la costa de tierra firme que se encontraba cerca de nosotros. Hasta la vida nos era indiferente.

Aquella lucha tenaz con los elementos, mojados, hambrientos, sin lumbre y rodeados de peligros, no hicieron seguir maquinalmente los acontecimientos y no pensar más que en sentarnos y descansar.

Para llegar á tierra había que atravesar una extensión de agua sembrada de grandes témpanos; acordamos que cada cual ganase la tierra como pudiese. Nuestra divisa era en aquel momento: «cada cual para sí, y Dios para todos.»

Después de un día y una noche de lucha inexplicable, llegamos á la costa ganada á fuerza de sacrificios: cuatro hombres de la tripulación quedaron sepultados entre los témpanos helados de aquellos mares inhospitalarios.

A cinco verstras de donde nos en-

contrábamos, divisamos unas tiendas de campaña; era un campamento de karoquinos, á los que obligamos por la fuerza á que nos condujeran al interior en sus trineos y nos proporcionaran alimentos. Los karoquinos son hombres leales y bondadosos. Hemos llegado al fin á Yma. Después de un alto de cuarenta y ocho horas, repuestos ya de tanta fatiga sufrida, partimos hácia la embocadura de Pthora, en donde invernaremos, preparando la expedición que saldrá en busca del *Yermak* y del *Embrio*, que seguramente habrán naufragado.

Un compromiso de honor nos obliga á lanzarnos á nuevas aventuras, hasta encontrar á nuestros compañeros ó algún vestigio de las embarcaciones.

Nos dedicamos á conservar carne, lenguas y sesos de reno, pescados y grasa de ganso, que ha de servir para nuestra próxima expedición en la goleta *Obi*, con la cual pretendemos encontrar á nuestros camaradas muertos ó vivos, ó quedaremos sepultados entre los hielos en donde tantos otros duermen el sueño eterno.

Los últimos días de Numancia

Capítulo II

LA DERROTA DE SEGEDA

(Continuación)

Por todos los ámbitos de la ciudad resonaron los toques de las bocinas, repitiendo la señal de alarma. En aquel instante, aún faltaba una hora para que el sol luciese sus esplendores. Como pueblo pastor y no acostumbrado á la molicie, no tardaron los numantinos en presentarse armados y prontos para entrar en batalla, congregándose en las plazas, pues viviendo en constante lucha, tenían una organización algo militar, y los moradores de cada calle tenían elegido un jefe ante la puerta de cuya vivienda se congregaban tan pronto como oían una señal de alarma.

Arathon, seguido de su hijo y el segendense, se presentaron en la

plaza. Aunque las mujeres numantinas eran tan valerosas como los hombres, permanecían en sus viviendas esperando ser llamadas. Hasta entonces, ninguno sabía con certeza la verdadera causa de la señal que les avisaba á la lid, pero viviendo en continuas alarmas nunca se hallaban desprevenidos.

Varios ancianos se acercaron á Arathon, preguntándole la causa del toque de rebato y les respondió:

—Aún no lo sé, pero la sospecho. ¿Quién ha de turbar nuestro sueño más que los romanos? La señal ha partido de las murallas y el jefe de la guardia del recinto no tardará en dar noticia de la causa que la ha motivado. En efecto, poco después

se presentó uno de los numantinos que estaban de servicio, diciendo que por el camino de Garray habían visto acercarse en confuso tropel infantes y jinetes, que la obscuridad de la noche no les permitió, en un principio, ver si eran amigos o adversarios; que por esta razón dieron la señal de alarma y que luego resultaron ser segendenses que buscaban refugio en Numancia, esperando en sus puertas permiso para entrar en ella.

Al oír esto, Leucón palideció, adivinando que los suyos debían haber sufrido una catástrofe. Trujo, que desde la ventana de la cocina atisbaba cuanto fuera sucedía, ahogó un grito de dolor temiendo por la suerte de su amante Nuró.

Arathon que, como jefe militar de los numantinos, nombrado por el consejo de ancianos, resumía el mando de la ciudad, en caso de guerra, sobreponiéndose á su emoción y aparentando una calma absoluta, repuso:

—Que pasen nuestros hermanos y aliados los segendenses,—y dirigiéndose al pueblo, que ya se había congregado en su rededor, añadió:

—Que cada cual cumpla con los deberes que la hospitalidad impone á los hijos de Numancia y que nadie salga de la ciudad.

Arathon se puso á conversar en voz baja con algunos ancianos de los que componían el Consejo. En el semblante de Leucón veíase reflejada la ansiedad y la impaciencia. Aluro crispaba los puños con rabia y ardiendo en su juvenil ardor por esgrimir la corta espada pendiente del cinto, su mano oprimía la empuñadura.

A poco se oyó ruido causado por el trotar de caballos. Algunos jinetes, á cuyo frente iba Nuró, desembocaron en la plaza. Arathon les hizo una señal con la mano para que se detuviesen, y Nuró se apeó con agilidad dejando suelto el caballo, que estaba acostumbrado á seguir sus pasos.

El joven segendense se acercó al numantino y después de besarle la mano, en señal de respeto, le dijo con voz entrecortada por la ira:

—Hemos sido vencidos. A estas horas nuestra ciudad ya no debe existir. ¡Felices los que murieron, pues no han visto la destrucción de sus hogares! ¡Desdichados de los que han caído prisioneros, pues sufrirán el más horrible de los castigos!

Mientras hablaba el joven, su padre, que le examinaba con ansiedad, al ver que en su cuerpo no había la menor herida, ciego de indignación le repuso:

—Calla, y escóndete como la muherzuela más cobarde. Compadeces á los que han caído prisioneros, y, ¿qué has hecho para defenderles? Nada: huir como un conejo espantadizo, pues en tu cuerpo no se ve la más mínima señal de haber hecho frente al enemigo, y, por esta vez, tu espada está virgen de sangre romana.

—¡Padre, no me ofenda sin oírme!—replicó el joven palideciendo de rabia, adivinando que las censuras que le dirigía podían ser oídas por la mujer que amaba.

—Y ¿qué puedes alegar en tu defensa?—le preguntó su padre mirándole con desprecio.

Uno de los fugitivos que acompañaban al joven, le repuso:

—Leucón, ni tu hijo ni nosotros merecemos el menor reproche. Recuerda cuál fué nuestra conducta, cuando, hace pocos meses, á las órdenes de Caro, atacamos á los romanos, que querían apoderarse de nuestra ciudad, y matamos á seis mil.

—Y hoy ¿por qué no habéis hecho lo mismo?

—Hoy no ha habido lucha, —repuso Nuró.—Hemos sido vencidos sin combatir. Creyendo que los romanos respetarían lo pactado, estábamos desprevenidos, unos cuidando los ganados, otros laboraban las tierras. De repente, las bocinas dieron la señal de alarma, corrimos á reunirnos, pero ¡era tarde! La caballería romana, que había rebasado los desfiladeros, cortó el paso á muchos, acuchillándoles sin piedad, aunque algunos de los nuestros se defendieron con desesperación, vendiendo caras sus vidas. De nada sirvió su heroísmo, pues en auxilio de la caballería acudieron los *velites* ⁽¹⁾ que hicieron inútil toda resistencia.

—Y ¿Caro? —preguntó Leucón.

—Caro murió, honrando su nombre hasta el último instante. Se hallaba en Segeda, y al oír la señal de alarma salió de la ciudad, con toda la gente que pudo reunir. Su intento era detener el avance de la caballería, para lograr que los que estaban en los campos pudiesen salvarse, pero una legión ⁽²⁾ entera cayó

sobre él y los suyos, y tuvo que sucumbir ante el número, no sin antes haber hecho una regular matanza en sus filas; al caer herido nos gritó ¡salvaos!; aún seguimos peleando á su lado; pero nos suplicó que huyésemos, que toda resistencia era inútil, que buscásemos auxilio en Numancia, en nuestra aliada, que pensásemos en vengar la derrota sufrida, y así lo hemos hecho.

Antes de que Leucón pudiese responder, Arathon señalando su casa á los segendenses, les dijo:

—Amigos míos, esa es mi vivienda; entrad en ella y que mi hija os sirva de cuanto haya, mientras yo voy á reunir á los míos. El peligro está muy próximo y no hay tiempo que perder.

Los segendenses obedecieron, penetrando en la morada que tan espontánea hospitalidad les ofrecía.

Todos los numantinos en estado de empuñar las armas, es decir, los que tenían voz y voto, en los asuntos que afectaban á la ciudad, excepto, los que custodiaban las murallas, se habían congregado en la plaza. Detrás de los hombres se veían á las mujeres llevando en brazos á los pequeñuelos y en último término, la turba de chiquillos, que no pensando en el peligro se entregaban á sus juegos infantiles que con frecuencia se interrumpían para dividirse en bandos de *Romanos* y *Celtíberos*, parodiando las luchas de aquel tiempo y ejercitándose en el manejo de la honda.

(Continuará)

(1) Infantería ligera de los romanos.

(2) La legión tenía 6,000 hombres.

CULTURA POPULAR

¿Cuántas ciudades ó pueblos se disputaban el honor

de haber visto nacer á Cervantes?

Hasta ocho poblaciones de España se han disputado la satisfacción de haber dado á luz á Miguel de Cervantes Saavedra, como autor del Quijote: Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena, Alcázar de San Juan, Esquivias, Consuegra y Alcalá de Henares.

Esta última ha triunfado por fin de sus competidoras, y se halla ya en pacífica posesión de esta gloria, como puede verse por la siguiente *Fe de bautismo de Cervantes*.

«Certifico: yo el Doctor D. Sebastián García y Calvo, cura propio de la parroquia de Santa María la Mayor de esta ciudad de Alcalá de Henares, como en uno de los libros de Bautismos, que dió principio en el año de mil quinientos y treinta y tres, y finalizó en el de mil y quinientos y cincuenta, al folio ciento y noventa y dos b... hay una partida cuyo tenor es como sigue:

«Domingo nueve días del mes de octubre año del Señor de mil quinientos y cuarenta y siete años, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes, y su mujer D.^a Leonor. Fueron sus compadres Juan Pardo: baptizóle el Reverendo Señor Bachiller Serrano, cura de Nuestra Señora. Testigos Baltasar Vazquez, sacristán y yo que le bapticé y firmé de mi nombre.—*Bachiller Serrano*.

«Concuerda con su original á que me remito, y para que conste donde venga, doy la presente firmada en esta dicha ciudad de Alcalá de Henares en diez y ocho días del mes de Julio de mil setecientos y cincuenta y dos años. Dr. D. Sebastian García Calvo.

Partida de defunción de Cervantes.

En los libros de la parroquia de San Sebastián de Madrid fol. 270 se lee:

«En 23 de Abril de 1616 años murió Miguel Cervantes Saavedra casado con D.^a Catalina de Salazar calle del León. Recibió los Santos Sacramentos de mano del Licenciado Francisco Lopez. Mandose enterrar en las Monjas Trinitarias. Mandó dos misas del alma, y lo demás á voluntad de su muger, que es testamentaria, y el licenciado Francisco Nuñez que vive allí.»

El mismo Cervantes termina su obra inmortal diciendo: «Este fin tuvo el Ingenioso hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre si por ahijarse y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.»

Homero en efecto había adquirido igualmente un honor tan merecido con la Iliada y la Odisea, obras que compuso unos 1000 años antes de Jesucristo, que siete ciudades se disputaron también la gloria de haberle visto nacer, lo que dió lugar al distico. *Smirna, Rhodos, Oolophon, Salamis, Chios, Argos, Athena.*

Este poeta, digno como nuestro inmortal Cervantes de mejor suerte, se llamaba primero *Melesigenes*, nombre que tomó por haberle dado á luz su madre cerca del río Melés y que cambió con el de *Homero*, que quiere decir ciego, cuando perdió la vista hallándose en Colofonia.

La Iliada y la Odisea son un vasto repertorio de conocimientos mitológicos, históricos y geográficos de su tiempo, y una pintura animada de la sociedad en la época en que el vivía. Los viajeros se sorprenden aun en el día de hallar el teatro de la guerra de Troya tal cual él le describió tres mil años atrás, y los navegantes que surcan el Mediterráneo reconocen los escollos y los promontorios que Nestor y Menelao vieron.

De estas dos obras, la primera tiene por objeto la cólera de Aquiles muy perniciosa á los griegos, los cuales incendiaron á Troya, y en la otra el Poeta griego canta los viajes y las aventuras de Ulises después de la toma de esta ciudad.

